

**PACO IGNACIO
TAIBO II**

BOLCHEVIQUES

Diseño e ilustración de portada: Alma Núñez y Miguel Ángel Chávez / Grupo Pictograma Ilustradores

© 2019, Paco Ignacio Taibo II

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: abril de 2019
ISBN: 978-607-07-5621-4

Primera edición impresa en México: abril de 2019
ISBN: 978-607-07-5606-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

AGRADECIMIENTOS

Este libro está endeudado con un montón de personas a las que agradezco el calor humano, el tiempo compartido en la búsqueda, las discusiones y la filosofía de *apoyo mutuo* que guió nuestras relaciones, tan ajenas a las prácticas de trabajo esclavo y canibalismo a las que la academia mexicana está habituada.

Quiero registrar la colaboración de Rogelio Vizcaíno, con el que durante tres años trabajé en la construcción del fondo documental sobre la historia obrera del periodo 1918-1928; de Paloma Saiz, que participó en la recolección de los materiales del archivo de Ámsterdam y me prestó sus trabajos sobre el Sindicato de Panaderos; de los miembros del Seminario de Historia Obrera de la ENAH, junto con los que trabajé en la formación de las bases documentales de prensa en 1921 y 1922; de los compañeros del Huevo, mucha de cuya labor anónima aquí se utiliza; de Polo Michel, con el que compartí chismes, descubrimientos y documentación sobre la historia del PCM en estos años; de Ricardo Melgar, quien me prestó su libro inédito sobre la IC en América Latina; de Roberto Sandoval, que me proporcionó documentación y traducciones; de Diego Valadés, quien me facilitó el acceso al archivo de su padre, y de multitud de bibliotecarios que hicieron más fácil cinco años de rastreo y búsqueda.

Por último, quisiera informar que a mis amigos Mario Núñez y Guillermo Fernández queda dedicado este libro, cuya etapa final previa pudo realizarse gracias a un medio tiempo para la investigación que me brindó el Departamento de Derecho de la UAM-Azcapotzalco.

NOTA PARA LA VERSIÓN 2019

Esta nueva versión incorpora una serie de trabajos aparecidos entre la primera versión y nuestros días, de los que se da cuenta en el listado de fuentes informativas, en particular los trabajos de Daniela Spenser y Rina Ortiz sobre los archivos de Moscú y la biografía filmica de Roy, así como *Los congresos comunistas*, de Concheiro-Payán, e información sobre la Internacional Comunista y sus cuadros que circula abiertamente en Internet; y Óscar de Pablo me prestó sus avances en la revisión biográfica de *La rojería*. Esta era la única intención original, pero en el proceso de revisión no pude evitar reescribir decenas de párrafos; reordenar la estructura y el mecanismo de citas de referencia, incorporando al texto la información más interesante y simplificándola; y eliminar los anexos cuya información se encontraba previamente narrada.

Por último, dar noticia de que en 1987 el libro ganó el Premio Nacional de Historia Francisco Javier Clavijero, que otorga el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

ZAGUÁN

Ésta es la historia de un grupo de militantes que pretendieron ser la vanguardia de una clase trabajadora, y no lo lograron. Es también la historia de un espejismo, el de la Revolución rusa vista en el Valle de Anáhuac, cuando se encontraba realmente a millares de kilómetros de distancia. Es, por tanto, una historia claramente marginal. Aquí se habla de un millar de ciudadanos, la mayor parte de ellos obreros y campesinos, de los cuales un par de centenares tienen nombre, apellido, trayectorias, manías, vocaciones heroicas o ridículas, pasiones y gustos. Por lo tanto, es casi una historia familiar.

El autor no siente que debe apesadumbrarse por eso. Durante años en México se ha venido haciendo pasar por historia global una serie de noticias e informes sobre los actos, los aciertos, los engaños, las habilidades y la pericia de los caudillos y su poder. Esta pretendida historia social, falsificada en los reductos de la aristocracia de la historia mexicana desde el sur de la Ciudad de México, ha sido la usual moneda falsa con la que se ha traficado en el terreno de la historia posrevolucionaria de nuestro país.

En este sentido, tan marginal es esta historia como aquéllas, con la diferencia de que ésta no pretende ser otra cosa.

Mi amigo Rogelio Vizcaíno, cuando hojeaba fragmentos del manuscrito que luego habría de convertirse en este libro, me previno sobre los peli-

gros de intentar hacer una mala historia del movimiento obrero mexicano de 1919 a 1925, so pretexto de hacer una historia de los orígenes del Partido Comunista mexicano. He tratado de evitarlo.

Por eso, el hilo conductor de lo que aquí se narra no es el de las grandes huelgas, ni las condiciones de vida y trabajo o los desarrollos organizativos del movimiento obrero, sino los fracasos de Sen Katayama como dirigente comunista en país ajeno y sus triunfos en la manufactura de *hotcakes*, las penurias de Ferrer Aldana y su imprenta de pedal, los apuros del agente norteamericano y secretario general Allen para jugar con dos barajas, los abnegados esfuerzos de la juventud comunista para hacerse con la dirección del movimiento inquilinario en México y Veracruz, y cosas como ésas.

En favor de este anecdotario (muy significativo para el que lo lea cuidadosamente) y su abundancia, se han perdido elementos contextuales. La pérdida ha sido voluntaria. Por un lado, el autor pretendía obviar la mayor cantidad de información que no aportara directamente al desarrollo de la historia y, por otro, quería reducir el contexto a una situación de realidad. Se trataba de ver al país desde la perspectiva de los comunistas mexicanos y la influencia que sobre ellos pesaba, y de ver a la Internacional Comunista como un reflejo distante, del que a veces llegaban consignas, a veces mentiras, a veces silencios.

No sé si esto se habrá logrado. De buenas voluntades están empedrados los caminos que llevan a las librerías de viejo.

No era posible hacer una historia del comunismo mexicano en sus años de origen sin abrirse paso en la selva espesa y tupida de la desinformación, que varias decenas de colegas habían montado a partir de los años cincuenta. Difícilmente podrá encontrarse otra etapa en la que la desinformación haya abundado de tal manera. No sólo se trata de fraudes tendenciosos de falsificadores de la historia, discípulos de los maestros rusos; también de profesionales desprofesionalizados a los que la urgente voluntad de interpretar abrumaba y les hacía olvidar la necesidad de investigar e informar al lector. Por último, hay anticomunistas de oficio cuya tendenciosa mirada sólo ve la conspiración internacional que sus patrones les piden que muestren. Mucho había de todo esto, y mucho sigue habiendo.

Es sorprendente que el Colegio de México haya avalado en 1953 el trabajo de H. Bernstein, que reúne en 10 páginas decenas de errores, y lo haya dejado ahí como el material básico sobre la historia del comunismo en su primera etapa durante varios años. No menos sorprendente es que la única historia del PC que existió durante muchos años fuera la de Márquez y Araujo, que ya en sus primeras páginas está saturada de informaciones equivocadas. No mucho mejores han sido los trabajos producidos por historiadores

afines al Partido Comunista mexicano, si exceptuamos el trabajo de Arnoldo Martínez Verdugo, que corrige multitud de errores existentes en la historiografía comunista. De estos materiales se da abundante reseña en las notas a pie de página de este libro, y no se insiste más, para no desviar la atención de los lectores de la historia que se cuenta hacia la forma como esta historia había sido contada. Poco se salva de la quema. Probablemente el material más valioso producido (con un enfoque global, puesto que hay multitud de trabajos parciales muy importantes escritos por jóvenes historiadores mexicanos) sea el texto de Barry Carr, «Marxists, Communists and Anarchists in the Mexican Labor Movement», y es que Carr es un historiador meticuloso que avanza sobre la historia sin prejuicios y sin vocación de intérprete.

En ese sentido, la mayor parte de este libro es un intento por reconstruir lo que pasó, y poco espacio queda para contar por qué pasó, tarea que queda para otros compañeros que prosigan la investigación. Hay una voluntad constante de reconstruir los hechos, de buscar que las informaciones existentes se ajusten, que el mapa de los sucesos se establezca, cediéndole espacio al lector para interpretarlo. Entre los buenos deseos del autor, se encuentra éste de buscar para el lector una aproximación más libre, menos condicionada por las hipótesis o las tesis. Esto no implica que frecuentemente el autor haya tratado de ordenar la información de cierta manera, o de ofrecer una explicación sobre cierto fenómeno. El vicio es grande, los pecadores abundamos.

El autor pretendió contar la historia del partido como una serie de trabajos de un puñado de militantes influidos por la acción del movimiento social y por las consignas que les llegaban de su Meca, llamada Moscú, la cuna de la primera revolución socialista triunfante en el planeta. Lejos está, pues, de la visión que compara el deber ser del partido («la obligada vanguardia de la clase») con su triste realidad, y encuentra la razón de su fracaso en no cumplir el papel que «la historia» le asigna, en los pecados de los dirigentes, los errores de las líneas políticas, la represión estatal o la voluntad del partido. La historia no es un director escénico que ande asignando papeles, ni el historiador es un crítico de teatro callejero y social.

En este sentido, se desvalorizaron los largos documentos que por pocos fueron leídos (según confiesan los escritos internos del propio partido) y se prestó particular interés a las consignas, las experiencias directas, las lecturas más inmediatas que los comunistas hicieron de la realidad. En cambio, no se olvidó que el movimiento social era un contrapunto del accionar político de la secta. Un marco obligado, a veces silencioso, pero omnipresente, y así trató de vérselo.

Dificultades superiores encontró el autor en esclarecer el concepto de vanguardia. En ese terreno, prefirió dejar a otros el debate teórico y limitarse

a matizar lo artificial de las situaciones de las vanguardias (entendiendo a los que dirigían temporalmente uno u otro movimiento, y no a los que se autoproclamaban como tales) y sus cambiantes relaciones con el movimiento de masas.

Los comunistas mexicanos del inicio de la década de los veinte son vistos por el autor con simpatía. Reconoce aquí públicamente que profesa un curioso saber, que hace que sienta como propias las experiencias de cualquier sector del movimiento popular y que no reniegue de ninguna por motivos de membrete ideológico. Así, se acerca al puñado de militantes comunistas sin prejuicios, lo que le permite tratarlos indiscriminadamente y encariñarse con algunos, burlarse de otros o estimar profundamente a unos terceros. Sus penurias y errores son los nuestros.

De esta manera, algunos resultarán policías o agentes norteamericanos, sin que por ello el partido sea «el partido de los tiras», y otros locos y visionarios, sin que el partido, en su conjunto, necesite adoptar los adjetivos, y los más, heroicos y abnegados, y los más, también, sectarios y bastante dogmáticos; y habrá burócratas y oportunistas, y dirigentes y dirigidos, y escaladores de la pequeña pirámide del poder partidario, y fieles servidores de la causa. Habrá personas, pues, aunque también habrá partido, y habrá una línea central y sus desviaciones, discrepancias conscientes e inconscientes y aciertos y errores compartidos en el eterno problema de organizar a las clases oprimidas contra sus opresores y acompañarlas en el camino de la revolución.

Los comunistas mexicanos vivieron en crisis; la crisis fue su fiel compañera. Nunca se pudieron despegar de ella. El autor desea advertir al lector que cuando en el texto se habla de crisis, se refiere a la crisis dentro de la crisis.

Los comunistas mexicanos, en sus años de origen, no fueron marxistas. Marx no se conoció en los ámbitos partidarios mexicanos hasta 1925 (el *Manifiesto comunista* se edita seis años después de haber nacido el PC). En el santoral comunista siempre aparecen primero Lenin y Trotsky (a veces incluso Bujarin) antes que Marx, y esto se hace porque así se estilaba en otros lados, y no porque se les tuviese particular aprecio en México. No hay en este núcleo de militantes ninguna estima por las leyes de la economía política o el debate dialéctico. Lo que de Marx tienen les llega filtrado por el jacobinismo socialdemócrata de Lenin. El partido, en este sentido, es más bien bolchevique que marxista. Sus puntos de referencia ideológicos son de carácter histórico y se remontan no más allá y únicamente a la Revolución rusa. Quiero, pues, advertir que ése es el sentido que se le da a la usadísima palabra *bolchevique* a lo largo del texto.

El autor deplora la falta de experimentación formal en la manufactura del libro. Reconoce su miedo a meterse en la búsqueda de nuevas formas de contar la historia, de nuevos enfoques narrativos, y sabe que no haberlo hecho va en perjuicio de la lectura más amena o más fluida que hubiera deseado. Pero cuando lo que se narra implica la necesidad de polemizar con tantos, cuando la desinformación existente lo obliga a trabajar sus materiales de una manera puntillosa, probatoria... poco se puede hacer.

Un prólogo, como repito frecuentemente, es siempre un intento fallido de mejorar un libro.

PIT II

México, D.F., 1982 — Ahuatepec, 1984 — Ciudad de México, 2018

UN MOVIMIENTO OCUPADO QUE NO HACE DEMASIADO CASO DE UNA CONVOCATORIA

A mediados de marzo de 1919, en las calles de la Ciudad de México apareció pegado un cartel con el siguiente encabezado: «Convocatoria al primer Congreso Nacional Socialista».

Zapata estaba en armas en Morelos, Villa continuaba la guerra de guerrillas en el norte del país y Carranza maquinaba una sucesión electoral que diera continuidad a su proyecto. Parecía que la Revolución se había definido con la victoria del bloque obregonista. La Ciudad de México, que había jugado un papel muy secundario en los últimos ocho años de revolución, mantenía una curiosa calma social que la distanciaba de los grandes focos de la conflagración.

Se fijaba como fecha futura para la realización del acto el 15 de junio, y se invitaba a partidos socialistas, sindicatos, Ligas de resistencia y periódicos obreros a enviar uno o dos delegados. Entre los objetivos, se señalaba: «declarar solemnemente qué fines persiguen los socialistas, ya constituyendo partidos, ya individualmente» y «designar un delegado para que represente a los socialistas de México en el próximo congreso internacional acordado en las conferencias de Berna».

El documento cerraba con un apartado de «medidas políticas y económicas que se propone el Comité Organizador para acelerar el objetivo fundamental del socialismo», en el que se presentaban 37 demandas

profundamente democráticas de muy diverso carácter y valor: voto secreto a los 18 años para hombres y mujeres, abolición de las corridas de toros, supresión del Senado, semana laboral de 44 horas, nacionalización de las minas, lavaderos y baños públicos gratuitos, seguro obligatorio por accidentes de trabajo y enfermedad, escuela racionalista, abolición del trabajo a domicilio, prohibición del trabajo a menores de 16 años, establecimiento de un jurado en los juicios que ameriten condenas a prisión, reglamento de trabajo en las prisiones, autonomía municipal, impuestos progresivos a los que ganaran más de mil pesos, libertad de prensa, derecho de referéndum y prohibición de bebidas alcohólicas.

Los firmantes del documento, en nombre del Comité Organizador y, por tanto, del Partido Socialista convocante, eran Adolfo Santibáñez, Francisco Cervantes López, Felipe Dávalos y Timoteo García. La convocatoria fue recibida fríamente en los medios sindicales, si se juzga considerando la abundante prensa obrera de la época, y tan sólo recibió el aval de la sorprendente *Gale's Magazine*.

No era de extrañarse; por un lado, sonaba demasiado al lanzamiento de un nuevo proyecto electoral y, por otro, el movimiento obrero en los primeros meses de 1919 estaba involucrado en una serie de luchas y trabajos de reorganización de futuro incierto, en el estrecho espacio que le permitía el régimen carrancista.

Las alusiones al voto, las demandas de carácter amplio y, en general, el programa reivindicativo invitaban a repetir la polémica sobre la utilidad de la acción *múltiple* (o sea, intervención electoral, utilización de los instrumentos gubernamentales de mediación, apoyo en la legalidad constitucional), el término fraguado por Tudó, Morones, Barragán Hernández y otros dirigentes conservadores del movimiento sindical mexicano por oposición al término *acción directa*, que implicaba utilizar otros medios, además de los de la lucha fabril, callejera y confrontadora de clases. Sonaba a volver a la polémica que se había librado en el movimiento tras la derrota de las huelgas generales de 1916, y que parecía zanjada de momento con la experiencia electoral fallida, en 1917, del Partido Socialista Obrero, cuando un grupo de militantes sindicales, la mayoría del ala más moderada del movimiento, había participado en las elecciones para diputados, aunque sólo a escala del D. F., y habían sido derrotados en los siete distritos en los que intervinieron.

Los convocantes al congreso le hablaban a un movimiento militante formado en el magonismo y el anarquismo. Y a partir de este anarquismo, las posiciones deberían deslindarse. Había los que entendían las derrotas de las huelgas generales de 1916 y el pacto de la Casa del Obrero Mundial con los constitucionalistas en 1915 como dos experiencias de las que se extraía la lección de que el movimiento debería ser fuerte y aliarse con un sector del Estado mexicano surgido de la Revolución. Otro sector leía las

mismas experiencias de una manera absolutamente opuesta: de lo que se trataba era de preservar la autonomía del movimiento obrero.

Para los últimos, esto implicaba la abstención electoral como un principio; para los primeros, una abstención temporal, mientras se encontraba el aliado idóneo y se iba levantando un movimiento sindical potente que les permitiera negociar con el Gobierno con un poder atrás.

La salida de la crisis posterior a las derrotas de 1916 había sido lenta y difícil, pero al iniciarse 1919, los dos proyectos sindicales se presentaban con posibilidades de dirigir la reorganización del movimiento a escala nacional, junto con multitud de proyectos regionales apoyados por grupos de afinidad y periódicos con cada vez mayor incidencia en la lucha de fábrica.

La Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), nacida en mayo de 1918, representaba la vertiente derechista de estos proyectos, quizá la que tenía más posibilidades de construir una organización obrera de masas a escala nacional. En sus primeros meses de vida, la CROM, nacida de una asamblea que conciliaba intereses diversos a nivel de las vanguardias y plasmaba la necesidad de la unidad del sindicalismo nacional a nivel de base, había tenido un desarrollo muy tormentoso. A escala regional, muchas de sus organizaciones habían protagonizado movimientos huelguísticos importantes, enfrentándose a la represión de los gobernadores carrancistas en relativo aislamiento entre sí. Esto había producido derrotas en Monterrey, Tampico, Torreón y Orizaba a lo largo de 1918 que, sin ser definitivas, habían mermado el poder de la federación. Su dirección nacional estaba copada por un grupo moderado formado desde el Congreso de Saltillo por Luis N. Morones, Ricardo Treviño y Marcos Tristán, quienes, vinculados a dirigentes regionales, constituían el equipo conservador y posibilista que estaba a la cabeza de la central.

Sin embargo, no fueron diferencias en torno a la línea sindical lo que provocó la ruptura entre la izquierda y la derecha dentro de la CROM, sino la política internacional de la dirección de estrechar lazos con la AFL norteamericana, que aparecía a los ojos de los militantes sindicales mexicanos como claramente reaccionaria, entregada al Gobierno y agresora de los Trabajadores Industriales del Mundo (IWW).

El choque más violento en torno a este problema se suscitó en noviembre de 1918, durante las conferencias AFL/CROM en Nuevo Laredo, cuando los grupos anarquistas dirigieron sus baterías contra Morones, que a toda costa buscaba el pacto con la AFL y la utilización de la influencia de la central norteamericana para hacer política en México. En un complejo juego a dos bandas, Morones pretendía que la AFL avalara a la CROM ante el Gobierno de Carranza y que la AFL, a su vez, presionara para que el Gobierno norteamericano reconociera al mexicano. Con estas cartas en la mano, si bien no logró del carrancismo una actitud de privilegio hacia los movimientos fabri-

les dirigidos por la CROM, sí se colocó en la situación personal de embajador extraoficial del Gobierno, que puso a su disposición «fondos secretos» para viajes y reuniones internacionales.

La dirección de la ofensiva contra Morones, en particular, y el equipo dirigente de la CROM, en general, estuvo protagonizada por el periódico *Luz*, dirigido por Jacinto Huitrón, López Dóñez y Enrique H. Arce, quienes pidieron en sus páginas una y otra vez la destitución de Morones y la celebración de un nuevo congreso.

La posibilidad de que la CROM se convirtiera en central única se perdió así, y aunque el sector más conservador de la dirección sindical en el Valle de México se incorporó a la CROM, los grupos anarquistas del interior de la República y los sindicatos más militantes del D.F. rompieron abiertamente con ella.

El 7 de noviembre de 1918, la ruptura se produjo formalmente en el D.F., y cinco sindicatos (tranviarios, botoneros, harineros, panaderos y cocheros) iniciaron la escisión. Las cabezas visibles del proyecto alternativo, que tomó el nombre de Gran Cuerpo Central de Trabajadores, eran tres sindicalistas: Genaro Gómez, Leonardo Hernández y Diego Aguillón, y un asesor de formación marxista, Nicolás Cano.

Genaro Gómez, dirigente de los panaderos, un sindicato con más de un millar de afiliados, había sido uno de los dirigentes del Comité de Huelga en 1916; Leonardo Hernández, organizador de los cocheros y asesor de los harineros, había dirigido la lucha contra la alianza CROM/AFL; Diego Aguillón, tranviario, era el fundador de los Jóvenes Socialistas Rojos; y Nicolás Cano, un minero de Guanajuato de 39 años que había sido diputado en el congreso de 1916-1917 y uno de los que habían intervenido en la formulación del artículo 123, era miembro de la dirección del pequeño Partido Socialista y asesor de los tranviarios, y también colaboraba como asesor legal Adolfo Santibáñez.

Creciendo rápidamente en los últimos meses de 1918 y los primeros de 1919, el Gran Cuerpo desplazó rápidamente a la CROM en el Valle de México e inició su expansión nacional, pero la presencia de Cano a la cabeza de la federación provocaba suspicacias entre algunos núcleos anarquistas que se mantuvieron al margen, sobre todo tras una declaración suya en la que hablaba de las posibilidades de la acción múltiple, la intervención de las Juntas de Conciliación, aún poco establecidas a lo largo del país, y la reglamentación del 123.

Si en el movimiento obrero la situación a fines de 1918 se caracterizaba por el estancamiento de la CROM, el crecimiento del Gran Cuerpo Central y la reorganización de los grupos anarquistas (16 de los cuales se reunirían en abril), las luchas que se dieron en el primer trimestre de 1919 harían que estos factores se desarrollaran más aún. El año se inició en la capital con

conflictos en las compañías harineras. Las demandas eran el aumento salarial y el cumplimiento de la constitucional jornada de ocho horas, que ninguna empresa respetaba y que era papel muerto en el artículo 123. Primero, fue en La Esperanza, luego, en La Estrella y en la Compañía Harinera Mexicana. Tras la agitación se encontraba un pacto solidario entre los obreros molineros de todas las compañías del Distrito Federal, respaldado por el apoyo del Gran Cuerpo y resultado del trabajo que Leonardo Hernández había realizado entre ellos. El comportamiento de los propietarios harineros es ilustrativo de las actitudes del conjunto de los grupos patronales del país. La jornada legal podría ser de ocho horas, pero en las harineras se trabajaban 11 o 12, y ante los llamados a huelga, respondían con la amenaza del *lock-out* y despidos masivos. El paro patronal se inició el 8 de enero. La Junta de Conciliación intervino a petición del Gran Cuerpo y convocó a los patrones harineros a una convención para fijar salarios. Cinco mil obreros trabajaban en la industria de harinas y pastas del D. F., concentrados en su enorme mayoría en ocho fábricas con un capital de 20 millones de pesos. Los patrones, gachupines en su enorme mayoría, estaban íntimamente ligados a la industria panadera.

Mientras se sucedían los paros parciales en algunas empresas, la patronal se declaraba en rebeldía, boicoteando la convención convocada por las autoridades, y crecía la agitación. El Gran Cuerpo abrió un segundo frente de lucha en los Talleres de la Compañía de Tranvías en Indianilla, donde se exigía la destitución de capataces, la reposición de Nicolás Cano y que se reconociera al sindicato. El 14 de enero estalló un paro parcial. El conflicto era ahora directamente contra el Gobierno carrancista, que mantenía una administración temporal de los intereses de la compañía extranjera. El 17 se levantó el paro tras una entrevista del Gran Cuerpo con Carranza. La federación cromista de sindicatos del D. F. se había desolidarizado del movimiento y los tranviarios retrocedieron. Carranza se limitó a ofrecerles que se retiraría la orden de selección del personal, dada al iniciarse el movimiento, y que se abrirían negociaciones sobre las demandas generales que lo originaron. El mismo día en que se realizaban las negociaciones, una movilización de mil trabajadores de todos los departamentos de la Compañía de Tranvías había de mostrar la fuerza del movimiento, a la que las autoridades respondieron con la decisión de alertar a la policía y declarando: «El Gobierno apoya a la gerencia, ya conocemos a los agitadores, aténganse a las consecuencias».

Si bien la amenaza de represión frenó el movimiento tranviario, la intransigencia patronal impulsó a los harineros y hacia fines de mes ya eran cuatro las empresas en huelga: sumándose La Guadalupe y La Fe. La lucha se desarrollaba con asambleas generales conjuntas de los trabajadores y, pronto, la demanda se unificó: jornada de ocho horas y salario mínimo en la industria molinera.

La respuesta gubernamental era característica de su comportamiento hacia las luchas obreras. Por un lado, el Gobierno había promulgado un artículo 123 que no se cumplía en el interior de las fábricas, por otro, mantenía una actitud pasiva en las mediaciones en las que intervenía, promoviendo negociaciones eternas y sin salida, o absteniéndose de participar en los conflictos hasta que éstos se agudizaban y, en ese momento, amenazaba con la represión. El Carranza de 1919 no podía cubrirse con el manto del 123 constitucional de 1917.

Las Juntas de Conciliación existían en el papel, muchas estaban instaladas formalmente, otras no habían empezado a funcionar, las menos, sin facultades ejecutivas y bajo el control del poder regional, eran instrumentos de una política proindustrial ejercida por los caudillos. Estas concesiones continuas de la política carrancista a las patronales tenían parcialmente su origen en la situación caótica en la que se encontraba la industria a escala nacional, a causa de la Revolución. Problemas de suministro de materias primas y combustible afectaban a casi todas las empresas del país. Algunas industrias, como la textil, tenían paralizado 12% de las empresas (las más alejadas de los centros comerciales o las más atrasadas tecnológicamente); en la industria minera, las tremendas oscilaciones del mercado de los metales pobres, a causa del fin de la guerra mundial, mantenían en estado caótico a las explotaciones que abrían y cerraban, sin importarles la situación de sus trabajadores, que quedaban en la calle de la noche a la mañana sin previo aviso; y problemas en el transporte afectaban la distribución de combustible y la circulación de las mercancías.

Pero si la industria se encontraba en una situación muy inestable, las condiciones de trabajo se encontraban bien definidas: la inestabilidad industrial la pagaban los trabajadores. El costo de la vida había aumentado en el D. F. entre 79 y 90% respecto a 1910, y los salarios seguían iguales; las jornadas podían ir de 9 a 14 horas (desde luego, la jornada de ocho horas no era respetada ni siquiera por empresas bajo administración estatal); abundaba el trabajo infantil (en el sector textil, los menores de edad representaban 10.8% de la fuerza laboral activa); en la mayoría de las empresas, no existía seguro médico, no había garantías contra el despido, los salarios eran muy bajos (los trabajadores municipales, como jardineros, barrenderos y basureros, ganaban 75 centavos diarios y los policías apenas 1.50, cuando el salario de subsistencia podía ser fijado en tres pesos); abundaba el destajo y el no pago del séptimo día.

Con estas condiciones actuando como acicate, el ascenso de las movilizaciones continuó en febrero de 1919. Los textiles de Orizaba y del D. F. comenzaron a protagonizar luchas aisladas contra capataces y para imponer la jornada de ocho horas; había inquietud entre los petroleros de Tampico, los textiles poblanos, los ferrocarrileros de los grandes talleres de Aguascalientes y los mineros del norte.

La CROM se mantenía en una actitud pasiva y el Gran Cuerpo, que había crecido rápidamente (para febrero contaba con 24 organizaciones en el D. F., 42 en abril y llegaba a 75 en provincia), se veía desbordado y en marzo tuvo que convocar a una huelga general de apoyo a textiles, harineros y tranviarios, que no estalló finalmente, por falta de consistencia de sus promotores.

Los conflictos de estos dos últimos sectores no se resolvían. Carranza, en una entrevista con los tranviarios (la sexta en tres meses) emitió el siguiente boletín: «El señor presidente escuchó atentamente [...] manifestó que estudiará el asunto y resolverá lo que sea de estricta justicia». Así llevaba tres meses, dando largas al asunto, «escuchando atentamente» con oídos sordos, manifestando que estudiaría asuntos que dormían sobre su mesa y posponiendo las resoluciones.

Los harineros, provocados por las empresas, generalizaron la huelga en ocho fábricas el 25 de febrero; la policía cercó las empresas, Carranza señaló que las peticiones eran justas, pero «extemporáneas», los patrones contrataron esquiros y pidieron garantías. Seis días más tarde, el Gran Cuerpo levantó nuevamente la huelga con la jornada de ocho horas impuesta de hecho y la promesa de que no habría represalias y que las conversaciones sobre el aumento salarial se darían más tarde.

Estas experiencias impulsaron cada vez más en las fábricas y talleres la idea de que el único camino era la acción directa. En la fábrica textil La Fama Montañesa, los trabajadores decidieron prescindir de la Junta de Conciliación y respondieron con los hechos a la suspensión del segundo turno, decretada unilateralmente por la empresa. En otra empresa textil, los trabajadores metieron violentamente a trabajar a un despedido. En el Molino el Euskaró, los harineros impusieron la jornada de ocho horas de hecho, abandonando la fábrica al término de la jornada y sin esperar que sonara la sirena una hora más tarde. Pero la acción más trascendente la realizó el Sindicato Panadero con un movimiento simultáneo en centenares de panaderías en toda la Ciudad de México, abandonando el trabajo en la jornada nocturna, tras siete horas de labor (en lugar de las 9 o 10 que se acostumbraban). El movimiento, exitoso en casi todas las panaderías, fue contestado por la patronal con represalias, pero se mantuvo durante los siguientes meses.

Éste era el marco social de la convocatoria socialista de marzo de 1919, y ésta era también la explicación del débil eco que había alcanzado. Mientras los socialistas se proponían construir un partido que, entre otras cosas, aboliera las corridas de toros y ganara la existencia de jurados en el sistema judicial nacional, el movimiento sindical estaba reconstruyendo su fuerza en medio de una feroz batalla contra las patronales y el carrancismo. Los trabajadores iban por un lado, los militantes socialistas por otro.

Las luchas continuaron con la misma intensidad. En abril fueron los rieleros de Aguascalientes, el centro ferrocarrilero más importante de la República, los que iniciaron una huelga para despedir a un mayordomo despótico y por un aumento de salarios. La huelga se extiende. Se adelanta un paro convocado para el día 28 y entran en el movimiento rieleros de San Luis Potosí, Monterrey, Saltillo y Durango. Los talleres, y dentro de ellos los mecánicos, son el centro de la movilización. Ahora se exige el reconocimiento de las sociedades ferrocarrileras. La huelga llega a los talleres de Balbuena en la Ciudad de México. La CROM ofrece una huelga solidaria y no la inicia. La huelga llega a Guadalajara. El Gran Cuerpo, que influye en el Ferrocarril Mexicano, hace prolongarse el movimiento hasta el sur del país. La dirección del movimiento habla a través de Valdés, delegado de los mecánicos de Aguascalientes: «La huelga no es antigubernista, los ferrocarrileros se mantienen en la oposición y están serenos». La prensa ataca el movimiento. Al Gobierno no le importan las declaraciones, los soldados hacen su aparición en los talleres, se producen algunas detenciones.

De repente, la política gubernamental vira y, en lugar de las presiones contra los huelguistas, ataca a los dirigentes del Gran Cuerpo. El día 29 de abril, el dirigente tranviario Diego Aguillón es secuestrado por la policía, se le lleva al Cuartel de Lanceros y de ahí al Cuartel de Zapadores. Lo hacen desaparecer. El 1° de mayo es detenido otro de los cuadros de dirección del GCCT, Genaro Castro. Ambos aparecerán más tarde, detenidos en Torreón. El Gobierno de Carranza practica con los sindicalistas las deportaciones dentro del territorio nacional.

La huelga ferrocarrilera por fin termina con un empate; «victoria moral», dicen los obreros. Nada se consigue de aumento de salario, pero sí, en cambio, un reconocimiento parcial el 6 de mayo de las organizaciones que habían participado activamente en el movimiento. Carranza se entrevista con ellos para dar por terminada la huelga entre amenazas.

No se acaba de enfriar el medio sindical cuando, mientras en el congreso nacional se debate entre grandes obstrucciones una ley federal del trabajo que regule el 123, se inicia la gran huelga magisterial. Estalla en 244 escuelas (49 de enseñanza superior, 136 de elemental, 43 nocturnas y 16 jardines de niños) en la Ciudad de México el 12 de mayo. La huelga ha sido forzada por la retención de pagos a los maestros por el ayuntamiento; éste culpa al Gobierno de que no le da presupuesto. Tres mil profesores se reúnen en la Escuela de Ingenieros Mecánicos. La Federación de Sindicatos Obreros del D. F. (FSODF) de la CROM y el Gran Cuerpo ofrecen la huelga solidaria; estalla el movimiento en artes gráficas, entre los tranviarios, los choferes, La Alpina, los trabajadores del Panteón de Dolores...

Persecuciones, golpes, arrestos; las maestras se ponen en el paso de los tranvías para impedir que éstos circulen manejados por esquirols. El día

16 la huelga es quebrada en las artes gráficas y periódicos, que tras cuatro días de interrupción vuelven a salir a la calle. Los soldados yaquis de Obregón se hacen cargo de la guarnición de la ciudad. Circulan carros con ametralladoras. Una asamblea de los profesores en el Salón Granat es disuelta por la policía. Hay heridos. La prensa anuncia el levantamiento del movimiento el día 17. No es verdad, los maestros y algunos gremios obreros resisten, otros han levantado la huelga engañados o amedrentados. Un grupo de maestras feministas ataca un camión y los periódicos hacen un gran escándalo: «Eso es el feminismo». Las imprentas privadas se van a la huelga, nuevas detenciones. El día 19, Carranza ordena la clausura de los centros obreros: la policía toma el local del Gran Cuerpo, la Casa del Obrero Mundial, la FSODF, el Sindicato de Choferes, la Unión de Mecánicos y la Unión de Linotipógrafos. Los maestros cambian su pliego petitorio: reinstalación de los despedidos, liberación de los detenidos, garantías de pago a los profesores, protección a los obreros de los periódicos. El 20 de mayo, la policía reservada detiene a los dirigentes más moderados de la FSODF (Yúdico, Álvarez, Quintero); los liberan el 21, pero la advertencia ha sido clara. Se producen despidos en las fábricas. La huelga se desmorona. Se golpea, de paso, a textiles y panaderos que no habían tenido una gran intervención en la huelga. El movimiento se hunde. Carranza abandona el uso de su mano derecha y utiliza la izquierda, nombra a Plutarco Elías Calles ministro de Industria; éste toma posesión después de la derrota de la huelga. La Federación de Hilados y Tejidos, ante la clausura de todos los locales sindicales, le pregunta públicamente a Carranza: «¿Quiere usted destruir a los trabajadores?». *Libertario* comenta: «Por lo que hace a los obreros que seguimos en su actitud de rebeldía a los maestros, mal la pasamos, [...] los empleados de Gobierno [...] volvieron a cobrar sus decenas y en nada mitiga ahora los apuros de un 10% de los obreros de artes gráficas y tranviarios que se quedaron sin trabajo».

No había terminado el movimiento magisterial cuando entraron en lucha los petroleros de Tampico. Todo se inició a principios de junio con una huelga contra la Pierce Oil, que fue reprimida. La huelga se hizo general. Un huelguista muerto, 15 heridos graves. El jefe militar disuelve la Casa del Obrero Mundial («no es otra cosa que una agencia bolchevique»), 500 huelguistas detenidos. El 22, se levanta la huelga general. Los presos van deportados a San Luis Potosí.

El ascenso del movimiento ha sido frenado por la represión. El Gran Cuerpo desaparece al quebrarse su columna vertebral en el D.F. El Partido Socialista, al romperse el nexo entre Cano y el Gran Cuerpo, no tiene ahora ningún contacto con los trabajadores organizados; aun así, persiste en su convocatoria. ¿Va un partido socialdemócrata a oponer una muralla más eficaz al carrancismo?

En estos mismos meses de grandes huelgas y de violencia gubernamental contra los trabajadores, se produce un fenómeno que habrá de ser muy importante en la historia del movimiento obrero mexicano. Entre los últimos días de febrero y mediados de marzo, Morones convoca a varios de los líderes más moderados de la CROM al D.F. y forma el Grupo Acción, que se instituye como dirección real, aunque informal, de la confederación. El instrumento de la *acción múltiple* se establece, ahora necesita su contraparte en el Estado para cerrar una alianza. Carranza no sólo no se la ofrece, sino que incluso los golpea en la huelga de mayo.

NOTAS

- a) *Fuentes*: «Convocatoria al Primer Congreso Nacional Socialista». Rogelio Vizcaíno y Paco Ignacio Taibo II, «La matildona y sus vaquetones», doc. inédito. *Luz*, 27 de noviembre y 18 de diciembre de 1918; 31 de enero, 19 de febrero, 19 de marzo, 2 de abril y 16 de abril de 1919. «Acta fundacional del GCCT», archivo José C. Valadés. *El Socialista*, 30 de septiembre y 10 de octubre de 1918. «Nicolás Cano», nota biográfica del autor para el *Diccionario Obrero Latinoamericano*. P. I. Taibo II, *Estadística salarial de costureras durante el carrancismo*. Carleton Beals, *Glass Houses y Mexico: An Interpretation*. Barry Carr, «Marxists, Communists and Anarchists in the Mexican Labor Movement, 1910-1925». Rosendo Salazar y José G. Escobedo, *Las pugnas de la gleba*. Irwin Granich, «Well, What About Mexico?». P. I. Taibo II y R. Vizcaíno, *Memoria roja*. Higinio García, «La huelga general apoyando la del profesorado», doc. inéd. Emilio Portes Gil, *Autobiografía de la Revolución mexicana*. *El Universal*, 3 y 9 de enero de 1919. *El Pueblo*, 16 y 23 de noviembre de 1918; 4, 7, 9, 14 al 17, 23 y 27 de enero, 9 al 11 de febrero, 14, 15, 22 y 25 de marzo, 16, 18, 23 y 27 al 29 de abril, 1º, 4, 7, 8, 11 al 14, 18, 20 y 24 de mayo de 1919. *El Sol*, 1º de mayo de 1925. *Libertario*, 9 de marzo, 6 y 20 de mayo de 1919. *El Demócrata*, 16, 17 y 25 de enero, 6 de febrero, 18 al 23, 28 y 31 de mayo, 7, 14, 17 y 22 de junio, 2 y 4 de julio de 1919. *El Dictamen*, 22 al 24 de junio de 1919. Informe del inspector J. Poulat, 24 de marzo de 1920, AGN, Trabajo. Informes del censo industrial de 1919, AGN, Trabajo, c. 169, exps. 8 y 40.
- b) *Sobre los antecedentes*: el PSO había sido dirigido por Luis N. Morones, J. Barragán Hernández, Ezequiel Salcedo y Enrique H. Arce, y además de los mencionados fueron candidatos: Reynaldo Cervantes Torres, Jacinto Huitrón y Nicolás Jiménez. El programa electoral del PSO se deshacía en disculpas por utilizar el espacio electoral, del que sólo se esperaba que contribuyera a «fomentar y sostener nuestras nacientes agrupaciones sindicalistas y, sobre todo, a evitar los abusos y atropellos de que somos constantemente víctimas, debido a nuestro deficiente espíritu de clase». Sin renunciar a la acción directa como fórmula central, se hablaba de «ampliar el sistema de lucha» con la acción múltiple (Luis Araiza, *Historia del movimiento obrero mexicano*, y Rosalinda Monzón, «El Partido Socialista Obrero y el Partido Laborista

Mexicano»). Sobre el pacto de 1915, véase el trabajo colectivo de Jorge Jaber, Jorge Fernández y Jorge Robles, «Alrededor de 1915». Para una detallada reconstrucción de las huelgas de 1916 y su represión, véase J. Jaber, «Reporte de 1916. Un año de vida del proletariado militante».

- c) Un recuento superficial mostraría la existencia de grupos anarquistas en 1918-1919 en Aguascalientes (Cultura Racional), Veracruz (Evolución Social), Tampico (Fuerza y Cerebro, Vida Libre, Hermanos Rojos), Puebla (Evolución Social), Nuevo Laredo (Ferrer Guardia), Zacatecas (Acción Cultural Sindicalista, Centro Femenino de Estudios Sociales), Orizaba (Hermandad Ácrata, CROM), D. F. (Luz, Los Autónomos, Jóvenes Socialistas Rojos), El Oro (Evolución, Luz y Fuerza), Mérida (Centro de Estudios Sociales), Monterrey (Acción Consciente), Ciudad Victoria (Alba Roja) y Guadalajara (Centro Femenino de Estudios Sociales, CROM). Entre los periódicos obreristas pueden citarse *Luz*, *Acción*, *Fiat Lux*, *Gale's Magazine*, *Libertario*, *El Socialista* y *Tierra y Libertad*, del D. F.; *Iconoclasta*, de Guadalajara; *Acracia*, de Ciudad Juárez; *Alba Roja*, de Zacatecas; *Emancipación*, de El Oro; *Ideas*, de Mérida; *El Pequeño Grande* y *Vida Libre*, de Tampico; *Proparia*, de Orizaba; y *Resurgimiento*, de Puebla (P. I. Taibo II, *Catálogo de la prensa obrera mexicana 1915-1934*).
- d) *Las Juntas de Conciliación*: no existían Juntas de Conciliación en Guanajuato, Guerrero, Jalisco, Sinaloa, Sonora, Chiapas, Chihuahua, Tlaxcala e Hidalgo. En Aguascalientes, «fue recibida con apatía, no pudo hacerse cargo de varios casos por falta de jurisprudencia. Se la usa poco y sólo como conciliatoria». En Tampico, los obreros retiraron su representación, porque las compañías no hacían caso de los fallos. La de Toluca era propatronal. La de Colima sólo había conocido tres casos en su vida. Además de la del D. F., con relativa operatividad, funcionaban tres: Córdoba, Mérida y Zacatecas (AGN, Trabajo, c. 126, exp. 32).